

La lingüística como economía de la lengua

Barcelona, Real Academia de Ciencias Económicas y Financieras 2016, 132 p.

BEATRIZ GÓMEZ-PABLOS CALVO [gomezpablos@fedu.uniba.sk]

Univerzita Komenského, Eslovaquia

<https://doi.org/10.5817/ERB2018-1-14>

Michael Metzeltin es internacionalmente conocido por sus numerosas publicaciones: 32 monografías y más de 200 artículos sobre temas de lingüística románica, de hispanística, de análisis del discurso y lingüística de texto, entre otros. Es además coeditor del *Lexikon der Romischen Linguistik* (LRL, 12 volúmenes, Tubinga 1987–2005), del *Romanisches Kolloquium* (RK, 28 volúmenes, Tubinga 1985–) y de la colección *Cinderella* (19 volúmenes, Viena 1996–). El libro que reseñamos tiene como subtítulo “Discurso de ingreso en la Real Academia de Ciencias Económicas y Financieras”. Como es lógico, el discurso leído el 21 de enero de 2016 fue notablemente más breve. En esta obra, el profesor Metzeltin expone de forma clara y transparente (algo habitual en él), algunos temas a los que ha dedicado su atención con anterioridad en otros trabajos.

En la “Introducción” nos habla del poder de la lengua y de los números, del concepto de *economía*, de estabilidad y de cambio. No sorprende que sea así, pues desde el principio el autor establece una estrecha relación entre la Institución que le ha invitado a formar parte de sus miembros y el tema escogido para su disertación: “Si la economía en sentido lato significa la buena administración y distribución de recursos, podemos entonces considerar a la lingüística como la economía de las lenguas, es decir el estudio de cómo se pueden administrar e invertir los recursos lingüísticos” (p. 17), afirma. Establece así un paralelismo que desarrollará en las páginas siguientes. Según él, tanto la lengua como la economía experimentan estabilidad y cambio, ambos inevitables y necesarios; pero al mismo tiempo exigen una estabilización, es decir, “un cambio frenado y canalizado” (p. 21), pues el cambio constante y sin control lleva al caos. En el

último punto de este apartado habla precisamente de norma y variación, es decir, sobre la dimensión prescriptiva y descriptiva de la lingüística.

El siguiente capítulo, “El patrimonio lingüístico”, se ocupa de la constitución y administración de dicho patrimonio. Metzeltin sostiene que éste se compone del léxico, la gramática y la literatura, y que los instrumentos que ayudan a su buen uso son los diccionarios, las gramáticas, las estilísticas (manuales de retórica y poética) y las colecciones de textos. Esas obras codifican la lengua y crean así un estándar o modelo de referencia. Por otro lado, afirma también que hay instituciones que se han erigido en administradoras de la lengua, como en el caso del español las 22 academias integradas en la Asociación de Academias de la Lengua Española (ASELE), que han pasado por actitudes más o menos puristas hasta llegar al consenso panhispánico. Sugerente, en este contexto, resulta también la definición de la prensa como la “gran reformadora estilística” (p. 27).

En el tercer capítulo, “La comunicación”, el autor esquematiza brevemente dos puntos: las lenguas como instrumento de comunicación y de cognición (pues sirven para captar la realidad y comunicar sobre ella; para desarrollar el pensamiento lógico y estético; para señalar la pertenencia a un grupo) y las tareas del lingüista (poner a disposición de la comunidad lingüística instrumentos de codificación y descodificación que le sirvan para comprender, interpretar y producir textos).

En “La dinamización de la lexicografía” describe cinco puntos. En el primero los sustantivos abstractos, pues, como explica a continuación, “la mejor manera de concienciar nuestros problemas vitales es su síntesis intuitiva en un sustantivo abstracto

[...] y su subsiguiente desarrollo actancial” (p. 32). A su vez, esto conduce al desarrollo temático que primariamente es semántico. Metzeltin lo ilustra en el tercer punto con un ejemplo, el concepto de *seguridad*; para lo cual trae a colación diversos textos (la *Carta de las Naciones Unidas* 1945, la *Conferencia sobre la Seguridad y la Cooperación en Europa* 1975, la *Constitución Española* 1978, etc.) y analiza los conceptos que presupone el concepto de *seguridad* (*paz, respeto, igualdad, estabilidad*, etc.). De ahí pasa en el cuarto punto a una reflexión filosófica (más que lingüística) sobre la seguridad como necesidad antropológica, en cuanto que permite la conservación del grupo. En el quinto punto trata de explicitar los factores cognitivamente reconocibles y establecer relaciones y dependencias recíprocas. Tomando de nuevo como ejemplo la economía cognitiva de la seguridad, Metzeltin diferencia los siguientes factores cognitivos: los portadores de seguridad y sus objetivos (actantes), la integridad (predicado), lo peligros o amenazas (antónimos), las medidas de prevención (narrativizaciones con conexiones causales y condicionales) y las consecuencias pragmáticas. Como muestra el autor, este análisis permite enriquecer la definición lexicográfica de dicho concepto.

“El análisis proposicional”, describe las unidades fundamentales de las frases (los sintagmas), las unidades de las frases declarativas, los tipos de conceptos (eiconemas, cualitemas, topemas, cronemas, metremas, identificadores, valores de probabilidad, sintemas), el modus y el dictum según la propuesta de Bally, el constructo proposicional y, por último, en qué consiste el análisis proposicional. Metzeltin presta especial atención a los valores de probabilidad, que describe con mayor detenimiento.

“La semántica textual” explica algunos conceptos que ayudan a comprender mejor el capítulo anterior. El autor, como hemos visto, suele utilizar una terminología propia a la que el lector no suele estar habituado. Mantiene en este capítulo que el pensamiento lógico tiene una estructura proposicional,

es decir, que encadena conceptos y que existen tres maneras fundamentales de agrupar las proposiciones: la descripción, la narración y la argumentación, que define como las macroestructuras (o texturas) básicas de los textos, llamadas también por el autor *textoides*. Metzeltin lo ejemplifica con la narratología de la Jura de Santa Gadea, fragmento extraído de la *Estoria de España (Primera Crónica General)*, mandada componer por Alfonso X el Sabio. Expone escuetamente el contenido y pasa al análisis de las macroestructuras (textoides) narrativas.

El último capítulo, “Una joya manuelina” comienza con una frase lapidaria: “Todo texto en sí acabado es el resultado de un plan” (p. 86); es decir, no es espontáneo, debe tener coherencia semántica, cohesión formal y cierta estetización, en palabras del autor. El estilo puede ser simple o elevado, pero en cualquier caso la elocución debe adecuarse a la función y a la materia del comunicado. Para ilustrarlo, el autor cita y analiza un texto portugués, la apertura de *Los Lusíadas*.

El libro se cierra con la *laudatio* del académico don Lorenzo Gascón, quien ofrece una semblanza más humana y menos conocida del nuevo académico. Nos presenta una biografía más personal del filólogo y lingüista suizo, el ambiente familiar y la educación que recibió en sus primeros años y que fueron preparando su futura formación.

La lingüística como economía de la lengua se lee con facilidad por la claridad de la exposición y por los ejemplos que trae el autor para explicar algunos conceptos más embrollados. Esos ejemplos hacen, además, que la lectura sea más amena. Alegra la valentía de la Real Academia de Ciencias Económicas y Financieras de acoger por primera vez a un filólogo entre sus miembros y confirman las palabras pronunciadas por el autor al final de su discurso: “Si es verdad que ninguna sociedad puede funcionar bien sin una buena economía, también es verdad que una economía no puede funcionar bien sin comunicación, sin una buena lingüística” (p. 93).

